

El Filósofo ¿iluminado conductor de los hombres hacia la paz perpetua?*

A María Luisa Rivera de Tuesta

Fernando Muñoz C.
Departamento Académico de Filosofía

Una de las tantas pretensiones que tienen los filósofos es la de creerse los pensadores y legisladores más capaces o «iluminados» con los que cuenta o ha de contar una sociedad; pretensión que iniciara Pitágoras, continuara y desarrollara Platón y que se ha mantenido vigente a lo largo de los siglos como se expresa claramente en filósofos como Kant, Hegel y otros contemporáneos nuestros.

En esta ocasión me referiré a la forma cómo Inmanuel Kant presenta su postura de pensador y legislador «iluminado», que sólo piensa y aconseja sin que necesariamente participe directamente de la cosa pública, pues, el filósofo decía, «es por naturaleza inapto para banderías y propagandas de club».

Nuestro filósofo comentaba que, de la filosofía se ha dicho que «es la sirvienta de la teología... pero no se aclara bien si su servicio consiste en «preceder a su señora, llevando la antorcha, o en seguirla, recogiéndole la cola»... No hay que esperar ni que los reyes se hagan filósofos ni que los filósofos sean reyes. Tampoco hay que deseárselo; la posesión de la fuerza, perjudica inevitablemente al libre ejercicio de la razón. [Y añadía que] si los reyes o los pueblos príncipes –pueblos que se rigen por leyes de igualdad– no permiten que la clase de los filósofos desaparezcan o enmudezca; si les dejan hablar publicamente, obtendrán en el estudio de los asuntos unas aclaraciones y precisiones de las que no se puede prescindir».¹

* Este texto se presentó como Ponencia en el VII Congreso Nacional de Filosofía «La Filosofía del Siglo XX: Balance y Perspectiva» organizado por la Pontificia Universidad Católica del Perú en agosto de 1998.

¹ Vid. *La Paz Perpetua*. Editorial Porrúa, S.A. México, 1977.

Ahora bien, cómo fundamenta el pensador de Königsberg esta pretensión de «aclarar y precisar» asuntos sociales o políticos es de lo que me ocuparé brevemente en este artículo. Veámos.

I

La filosofía de la historia de Kant comparte con la hegeliana y marxista el mismo esquema estructural de reconstrucción del desenvolvimiento de la historia de la humanidad.

Estas tres corrientes filosóficas, y, con ellas otros filósofos encuadrados dentro de la misma tradición de pensamiento moderno, reconstruyen la historia como un progreso de ese gran Sujeto que es la Humanidad entera.

El progreso es entendido en dos dimensiones: en la dimensión de la relación del hombre con la naturaleza externa, y en la dimensión de las relaciones de los hombres entre sí, o de las normas y leyes que regulan su convivencia.

La meta ideal hacia la que progresa el hombre en su relación con la naturaleza externa es, en todos estos autores, la de un tipo de conocimiento y dominio de esa naturaleza, que pudiese acabar con todos los sojuzgamientos que ella impone a la Humanidad.

La meta ideal hacia la que avanzan los hombres en la regulación de su convivencia es, también en todos ellos, la de una sociedad planificada en la que reinasen definitivamente, tanto en las estructuras sociales como en las conciencias morales, los valores de libertad, justicia, solidaridad, amor y paz.

Un primer problema que este tipo de reconstrucción teórica ha de resolver, es el de la relación entre ambas dimensiones del progreso.

¿Son ambos progresos independientes entre sí o están interrelacionados?
¿Domina el uno sobre el otro, están jerarquizados?

Los filósofos modernos de la historia coinciden en tres afirmaciones muy generales:

1º Las lógicas del desarrollo en ambas dimensiones son independientes, es decir, el progreso técnico no trae de por sí progreso moral ni viceversa.

- 2º Un cierto nivel mínimo de desarrollo en la dimensión de la relación con la naturaleza externa, que podemos denominar técnica, es condición necesaria para alcanzar un nivel satisfactorio en la dimensión de las relaciones de los hombres entre sí, que podemos llamar dimensión social.
- 3º Siendo ambos progresos constructivos del desarrollo de la Humanidad, lo que define en última instancia el grado de humanización es el progreso en la dimensión social.

Característica común también de los filósofos modernos de la historia es la conciencia de que ellos mismos son producto del estado de desarrollo en que la Humanidad se encontraba en Europa.

El hombre al haber impulsado él mismo con libertad y conciencia ese progreso había preparado para ahora en adelante, tomar en sus manos las riendas de la historia. Si la historia «se la habían hecho», habría de empezar a hacerla él mismo. Es así como ya estaban conseguidas las condiciones objetivas para ello.

Los filósofos modernos de la historia y algunos que todavía se mantienen en este punto, tienen en este tema un interés eminentemente crítico.

El teórico quiere, aunque sólo sea inconscientemente, asegurar en su modelo teórico del desarrollo histórico, el que ese desarrollo llevará ineludiblemente, más tarde o más temprano, hasta o hacia las metas ideales que de todos modos ya había avanzado hasta el momento.

Kant, por ejemplo, es consciente del interés que le mueve a construir una filosofía de la historia. Busca descubrir un hilo de racionalidad lógica y moral por debajo del curso aparentemente irracional y caótico de una historia humana tan llena de vicios, que le obliga a apartar de ella sus ojos con horror: «para no contagiarse con un vicio más, a saber: el del odio a la humanidad».²

Su interés es, en última instancia, superar «la amargura que se apodera de uno indudablemente cuando contempla el hacer y deshacer de los hombres en el gran escenario del mundo».³

² *La Religión dentro de los límites de la razón*. B29. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1969.

³ *Ideas para una historia universal desde el punto de vista cosmopolita*. A387. Editorial Tecnos, S.A. Madrid, 1987.

Al final de estas reflexiones, Kant, cree haber descubierto la *lógica* del desarrollo histórico: la finalidad que la naturaleza persigue ocultamente en la historia a través de los antojos y luchas de los hombres. Al respecto, dice: «la historia del género humano se puede considerar, en general, como la realización de un plan oculto de la naturaleza, encaminado al establecimiento de una constitución estatal interior y exterior perfecta como la única solución posible en la que la naturaleza puede hacer que se desarrollen plenamente todas las disposiciones que ella ha puesto en la Humanidad».⁴

Ahora bien, en cuanto a la *dinámica* del desarrollo histórico, es decir, en cuanto a las *fuerzas* que mueven la historia, Kant, la encuentra en la *insaciable sociabilidad*. ¿Qué se entiende por ella? Escuchemos al filósofo:

«Es la propensión de los hombres a entrar en sociedad, propensión que, por otro lado, está unida a una resistencia constante que pone continuamente en peligro de destrucción a esa misma sociedad.

[Por un lado el hombre es sociable y por otro asociable], consistente en querer ordenarlo todo conforme a su antojo...

Así se desarrollan más y más todos los talentos, se moldea el gusto, e incluso, mediante una *ilustración continuada*, se pone el comienzo para la configuración de una forma de pensar que sea capaz, con el tiempo, de transformar las disposiciones naturales burdas del hombre en la distinción de ciertos principios morales, y de convertir así en un todo moral la pura reunión de los hombres en una sociedad unida patológicamente por la fuerza».⁵

El descubrimiento de los principios morales, se consiguen mediante uso de la Razón, de la Razón Pura, tal como él lo ha expuesto en su obra dedicada a la Razón Práctica y que fueron paulatinamente descubiertos por el hombre en el proceso de la Ilustración, de ahí la importancia de ese período cuyo significado resumiera en los siguientes términos:

«Ilustración es la salida del hombre de su culpable minoría de edad. Minoría de edad es la incapacidad de servirse del propio entendimiento sin la dirección de otro. De esa minoría de edad no es culpable el propio entendimiento, sino la falta de decisión y de ánimo para servirse de él sin la dirección de otro,

⁴ *Ob. cit.*

⁵ *Ideas*. A392

¡sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento! Esta es la consigna de la ilustración».⁶

Y en otro texto menos conocido define a la Ilustración de manera más breve diciendo: «Revisar por sí mismo significa buscar el último criterio de la verdad en uno mismo, es decir, en su propia razón; y la máxima de pensar por sí mismo es la ilustración».

La razón se va abriendo paso en tanto goce de libertad, la verdad se descubre y se hace en el diálogo libre y crítico.

«La existencia misma de la razón descansa sobre esa libertad, ya sea que la razón no es en modo alguno dictatorial; su veredicto no es en todo tiempo sino expresión de la coincidencia de los ciudadanos libres, cada uno de los cuales ha de poder expresarse, sin trabas, de ninguna clase...»⁷

Pensar por sí mismo no implica no obedecer, recomienda: Razonad cuanto queráis y sobre todo lo que queráis, ¡pero obedeced!

Es pues, el progresivo desarrollo de la Ilustración lo que conducirá, de acuerdo a sus expectativas, hasta la configuración de la sociedad como un todo moral, que no es otra cosa que la realización del imperativo categórico fundamental: «*El hombre como fin en sí mismo*».

Decir que el ser humano es un fin en sí significa que posee una *dignidad* [un valor intrínseco absoluto], por la cual fuerza el *respeto* de sí mismo a todas las demás criaturas razonables, y que le permite medirse con toda criatura de esta especie y estimarse en pie de igualdad.⁸

«*Dignidad*», «*respeto*» e «*igualdad*» son valores importantes y relacionados entre sí; sólo la persona digna merece respeto, y sólo la dignidad de todos y de cada uno permite considerar a los humanos como iguales.

Puesto que todo habrá de reducirse a deberes, la dignidad es un deber, el respeto es otro deber, y el cumplimiento de ambos deberes pone de manifiesto la igualdad esencial de los seres humanos.

⁶ ¿*Qué es la Ilustración?* Editorial Tecnos, S.A. Madrid, 1993

⁷ *Crítica de la Razón Pura*, B766

⁸ *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Cap. 1, Editorial Porrúa, S.A. México, 1977.

Esos fines-deberes que ha de proponerse cada cual como horizonte de su dignidad son dos:

Primero, mi perfección.

Segundo, la felicidad de los demás.

El cumplimiento de ambos garantiza y garantizará la realización de la sociedad moral, la sociedad humana que vivirá en plena armonía, «fin que -a su juicio- no es una mera ilusión», por lo que recomienda que el único artículo que garantizará esta conquista será el siguiente: «Las máximas de los filósofos sobre las condiciones de las posibilidades de la paz pública deberían ser tenidas en cuenta y estudiadas por los estados apercibidos para la guerra.»⁹

Ahora bien, ¿esta posibilidad en qué se sustenta? De acuerdo a Kant, a una propensión de solidaridad y amor en el hombre, contrario a todo egoísmo que es superado cuando la razón nos indica la moralidad y sentido que hay impresas en la naturaleza, en especial, en la humana; esa que nos indica que estamos hechos para conducirnos como ciudadanos del mundo.¹⁰

Y si esta posibilidad ha sido demostrada, entonces queda la *obligación moral* de contribuir libre y conscientemente a la moralización de la sociedad en que vivimos, como un fin realizable y no quimérico.

Una asociación así, Kant la llama «Pueblo de Dios según leyes de la virtud»¹¹; es decir, es la secularización de los principios religiosos del cristianismo y en la que podrían converger los verdaderos cristianos y los demás hombres de buena voluntad.

II

Los principios que expone Kant y que fundamentarían su plena confianza en convertirse en el conductor espiritual -como filósofo- de todos los hombres que han de lograr la ansiada tierra donde todos vivan en paz y armonía, son compartidos, de una u otra manera por filósofos y pensadores contemporáneos que insisten en ellos para ordenar y regular a las sociedades presentes que cada vez ven acrecentar sus problemas de convivencia.

⁹ *La Paz Perpetua*. Suplemento Segundo. Editorial Porrúa, S.A. México, 1977.

¹⁰ Vid. «Del egoísmo». En *Antropología*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1991.

¹¹ Vid. *La religión dentro de los límites de la razón pura*.

Empero, es conveniente prestar atención a los descubrimientos científicos que hoy en día nos brindan la biología, etología, antropología, arqueología y demás ciencias afines que, buscan responder a la inscripción «*Conócete a ti mismo*» colocada sobre el pórtico del Templo de Apolo en Delfos, en la antigua Grecia hace más de 25 siglos. Pues, desde esas fechas, la religión, la filosofía y la psicología han intentado explicar la verdadera naturaleza del hombre así como el desarrollo de su personalidad y de sus normas de convivencia.

Sin embargo, algo siempre faltaba: el conocimiento de la naturaleza innata del hombre, el material genético que ha heredado de un remoto pasado. «Este material —al decir de Bernard Campbell—, consiste en las raíces biológicas de la anatomía y conducta humana: la armazón sobre la que el medio ambiente habría formado su naturaleza. Sólo el conocimiento de épocas anteriores a la aparición de la escritura podría decirnos qué clase de criaturas éramos entonces y cómo hemos llegado a ser lo que somos actualmente».¹²

Conocimientos estos que los recientes descubrimientos realizados por las mencionadas disciplinas científicas nos permiten hacernos una mejor imagen de nosotros mismos, y, a partir de ella, dictarnos normas de convivencia posibles de cumplir que nos procuren una vida armoniosa.

Además, si el hombre es parte de la naturaleza y proviene de ella, comparte con los demás seres vivos características genéticas e incluso patrones de conducta similares.

«Jorge Puccinelli Converso»

La desigualdad y el enfrentamiento entre los hombres es innegable, pero, no es exclusiva de él, es universal; pues, basta con echar un ligero vistazo a un gallinero para observar que «dos gallinas nunca viven juntas... sin decidir cuál de ellas ha de ser la dominante. Y este hecho se ha observado en tantas especies avícolas que es razonable extenderlo a todos los que viven socialmente», dice David Katz.¹³

Entre los primates la situación es más compleja; en algunas especies la estructura social es oligárquica o aristocrática.

Hay un círculo más o menos bien definido de machos dominantes que no se limitan a imponerse sobre el resto sino que, en cierto modo, los orientan,

¹² Vid. «Orígenes del hombre». En *Arqueología*. Ediciones Folio S.A. Barcelona, 1994.

¹³ Cf. *Animales y hombres*.

trazan los lineamientos de la vida comunal, mantienen el orden y defienden la tribu de las agresiones foráneas.¹⁴

Para desconsuelo de algún «comunitario» que crea que la solución –igualitaria– a tanta injusticia jerárquica estriba en copiar el modelo de los insectos sociales, Henri Fabre en sus bellos *Recuerdos entomológicos*, se encarga de desengañarlo amargante; en efecto, la capacidad reproductora es la que hace impracticable el comunismo igualitario.¹⁵

Pues, en cuanto un organismo se preocupa por su descendencia: «*la propiedad es sagrada*». El «*comunismo*» que existe en algunas especies insectiles no es totalmente igualitario –y, por tanto, no es comunismo–, pues se logra suprimiendo la capacidad reproductora.

Para la inmensa mayoría, nos recuerda el célebre entomólogo, «así, la vida en común les cuesta caro. Miles y miles permanecen incompletos y se convierten en los humildes auxiliares de algunos sexualmente dotados. Pero desde el momento en que la maternidad es patrimonio general, reaparece el individualismo».¹⁶

Es más, Richard Dawkins, explica que la mera existencia de un gen –a la larga, de un organismo– es el resultado de un «*egoísmo despiadado*».

Esto significa que el egoísmo es universal, al menos, dentro del universo biológico que conocemos, dice: «cualquier ser que haya evolucionado por selección natural será egoísta», y este fenómeno vital universal «dará, naturalmente, origen al egoísmo en el comportamiento humano».¹⁷

De ahí que, si se trata de remediar los males sociales: hostilidad, envidia, odio y demás no se logrará terminando con la propiedad privada –como lo hace saber Aristóteles en su *Política II, 2*– y reafirmará Freud, pues, con ello, «nada se habrá modificado en la diferencia de poderío o influencia... pues, ya la naturaleza, con la profunda desigualdad de los datos físicos y psíquicos, ha establecido injusticias para las que no hay remedio».¹⁸

¹⁴ Cf. los estudios clásicos realizados sobre los primates: Jane Goodall, *En la senda del hombre* / George Schaller, *La vida del gorila* / Dian Fossey, *Gorilas en la niebla*.

¹⁵ Vid. *Recuerdos entomológicos*. VI, 334.

¹⁶ *Ob. cit.* VI, 335.

¹⁷ Vid. *el gen egoísta*. pp. 3-5 Salvat Editores. Barcelona, 1987.

¹⁸ Vid. Sigmund Freud, *El malestar de la cultura*. En *Obras Completas*, t. II.

Y, es más, la eliminación de la propiedad, es pretender abatir la cultura, su célula germinal: la familia, tal como nos lo enseñan desde las orugas y demás seres vivos. Agregaríamos a la luz de los descubrimientos científicos que, pretender abolir la propiedad privada, es ir contra la naturaleza, y, en particular, contra la naturaleza humana.

Además, si los sueños igualitarios pudieran realizarse descenderíamos a la monotonía de la sociedad de las orugas. Felizmente, para llegar a esto, sería preciso que abundase el alimento, obtenido sin esfuerzo alguno. Mientras que un bocado de pan sea adquirido difícilmente y exija una industria, un trabajo del que no todos somos capaces; mientras que la familia sea el móvil sagrado de nuestra previsión, es absolutamente impracticable la gran teoría de todos para cada uno y cada uno para todos.¹⁹

Por lo demás «suprimir el esfuerzo del pan cotidiano para nosotros y para los nuestros», sería abolir «las dos mayores alegrías de este mundo, el trabajo y la familia,...; ahogaríamos lo que constituye nuestra grandeza. Y el resultado de este sacrilegio bestial sería un falansterio de orugas humanas».²⁰

Muy ligado a este acápite del egoísmo está el de la territorialidad o *imprinting*, que es la fijación de un sujeto hacia un lugar, su ambiente o su «territorio».

Esto lo viven todos los seres vivos y el hombre es el que puede expresarlo como poéticamente lo hace el entomólogo francés: «Un lazo de exquisita dulzura nos sujeta al suelo natal...tan pobre como es, yo quisiera volver a ver mi querido pueblo, quisiera dejar mis huesos en él».²¹

La *Odisea*, el clásico griego, es la narración del regreso de Ulises a su suelo patrio, al suelo que lo vio nacer; para tal fin, el héroe paga su cuota sacrificando a todos sus compañeros.

Estas consideraciones aquí expuestas brevemente, nos llevan a considerar porqué la tabla de valores del mundo contemporáneo —en mucho, inspirada por filósofos como Kant— está en crisis; pues, no corresponde a la realidad de la que trata, a saber: la naturaleza humana.

¹⁹ Cf. Fabre. *Ob. cit.*, VI, 337.

²⁰ *Ibid.*, VI, 338.

²¹ *Ibid.*, VIII, 134-135.

Leszek Kolakowski, por ejemplo, en el *Racionalismo como ideología*, afirma que los valores y las prescripciones impuestas por nuestra cultura -más bien por el dogma hipócrita del altruismo que la élite del establishment mundial mantiene- están hechos para «que los hombres se obliguen unos a otros a actuar de un modo que (al menos de manera inmediata) contradice sus intereses prácticos y sus inclinaciones»; debido a esto, gran parte de nuestro tiempo y de nuestras energías se despilfarran buscando «subterfugios destinados a velar y disculpar los motivos reales de nuestra conducta y de nuestras convicciones... el autoengaño acerca de las vivencias... y la elaboración de subterfugios justificatorios...nos ocultan una realidad susceptible de ser investigada» y, lo curioso es que «nos ceñimos, de manera tan evidente como natural, a semejante conducta». ²²

Más explícito y totalizador es el modo como Richard Alexander presenta la situación presente diciendo: «Podría suponerse que los niños... son enseñados por sus padres a no mentir nunca,...; que a esos niños se les enseña a ser siempre altruistas hacia los demás, a estar seguros de que actúan con justicia con todos aquellos con quienes interactúan, y que sus propios intereses son secundarios frente a los de los demás.

Pero esto no es cierto... todos sabemos que cualquier niño así enseñado y que obedeciera... con toda fidelidad no podría triunfar, al menos en esta sociedad;... los padres, en realidad, enseñan a sus hijos como «estafar» sin ser descubiertos... enseñan a sus hijos cuáles son los comportamientos «buenos» y «malos» a los ojos de los demás, cuáles son las consecuencias de los comportamientos francos y veraces, de manera que, a partir de esta base... los niños puedan saber cómo desenvolverse con éxito en un mundo en el que ciertos engaños resultan provechosos y otros... imperdonables..., en el que unos son difíciles de detectar y otros fáciles...

En otras palabras... a los niños se les inculcan los conceptos del bien y del mal para que les sirvan de guía hacia el comportamiento maximizador de su eficacia global en las sociedades y grupos... donde crecen y donde es más probable que pasen su vida; que son educados por padres acostumbrados a vivir con esas reglas; y que los tribunales y cárceles están llenos de individuos cuya educación fracasó a la hora de impartir estos conceptos del bien y del mal». ²³

²² *Ob.cit.*, pp. 60/36, Ariel. Barcelona, 1970.

²³ *Darwinismo y asuntos humanos*, pp. 263-264. Salvat. Barcelona, 1987.

Por lo expuesto, quizá convenga sostener con Kolakowski que la vida es ineludiblemente conflictiva, que sus contradicciones son insalvables y que sólo queda el paliativo de algunas correcciones mínimas, como señalar la inconveniencia de enseñar «*que la mentira está absolutamente prohibida... porque, muy pronto, los niños descubren que no es así*».²⁴

Para finalizar, para quienes lamenten la imposibilidad de «alcanzar» *l'egalité et la fraternité*, el entomólogo Fabre los consolará recordándoles que todos tenemos asegurada *l'egalité du verme*, al respecto dice: «la naturaleza tiene para nosotros una indiferencia soberbia; en el fondo de sus crisoles, animales y gentes, pordioseros y monarcas son absolutamente la misma cosa... He aquí...la igualdad, la única en el mundo, la igualdad del gusano».²⁵

Occidente ha sabido esto desde siempre; por ello, cuando, en los albores de la modernidad, el Caballero de la Triste Figura, al cabo de una de sus muy sesudas meditaciones, llega a la conclusión de que la vida es una representación donde los actores interpretan diversos papeles y que la igualdad llega cuando, terminada la función, los actores abandonan el escenario y se despojan de sus variopintas máscaras, su sensato Escudero le replica que no ha dicho nada nuevo.²⁶

Y, muchos siglos atrás, Petronio proclamaba:

«¡Ay! ¡Pobres de nosotros! ¡Qué pequeña cosa es el hombre!
¡He aquí en qué pararemos todos nosotros cuando el horco se nos lleve!
¡A vivir, pues, mientras tengamos salud!».²⁷

Empero, como la sabiduría al igual que la capacidad intelectual es universal, quienes han pensado profundamente sobre el asunto coincidirán en decir casi lo mismo.

Así, por ejemplo en las antípodas del mundo griego, Yang-Tschou también proclamó:

«En la vida...hay diferencias. Con la muerte

²⁴ Cf. *Ob. cit.*

²⁵ *Ob. cit.* X, 252.

²⁶ Vid. Miguel de Cervantes Saavedra, *Don Quijote de la Mancha*. Segunda parte, Cap.12. Club de Lectores. Madrid, 1997.

²⁷ *Satiricón*, XXXIV. 10. Editorial Gredos S.A. Madrid, 1987.

viene la putrefacción, la corrupción,
la disolución, el aniquilamiento, y,
por tanto, la igualdad».²⁸

Y, mucho antes, en uno de los textos más antiguos, el poeta sabe que, a diferencia de los dioses, el hombre es mortal:

«La condición humana es tener los días contados,
hágase lo que se haga,
¡todo es viento!
Cuando los dioses crearon al hombre,
fijaron la muerte para él,
la vida, ¡se la guardaron!»²⁹

Penosa mortalidad que es la que nos asegura la igualdad última, la definitiva, con total independencia de nuestras acciones, tal como lo reconocían los antiguos sumerios en estos escritos:

«Quien destruyó el mal, aquí yace, no se levanta...
Quien era fuerte de músculos, aquí yace, no se levanta...
Quien era sabio y prestigioso, aquí yace, no se levanta.»³⁰

¿Qué queda por hacer? A parte de dar cuenta de la crisis de los valores de la cultura occidental, está pendiente la tarea de estudiar la naturaleza humana, el comportamiento de las comunidades humanas y las distintas formas de organización y valoración que han tenido y tienen para organizarse de la manera más objetiva, racional y tolerante posible, respetando cada una de sus particularidades.

Así por ejemplo, lo proponen estudiosos como Edward Wilson³¹; y, entre nosotros, Fernando Fuenzalida en un sugerente escrito titulado *Tierra baldía*, en el que al dar cuenta de la crisis de valores y el fin de los dogmas mesiánicos que han alentado desde muchos siglos atrás a la cultura occidental, concluye que la imperiosa y tarea del presente es buscar nuevos referentes valorativos³² y, quizás en esta búsqueda –agregaría– tengamos que convenir con las reflexiones de los sofistas, tan maltratados en la historia filosófica occidental.

²⁸ Vid. Richard Wilhelm, *Laotzé y el taoísmo*.

²⁹ Vid. *Poema de Gilgamesh*.

³⁰ Vid. Schmokel, H. *El país de los sumerios*. Eudeba, Buenos Aires, 1965.

³¹ Cf. *El fuego de Prometeo*. FCE. México, 1986.

³² Cf. *Ob. cit.* Australis S.A. Lima. 1995.